

VICTORINO DE PETOVIO Y EL JUICIO FINAL EN SU *COMMENTARIUM IN* *APOCALYPSIM IOHANNIS*

VICTORINUS OF PETTAU: THE FINAL JUDGMENT IN HIS *COMMENTARIUM IN APOCALYPSIM IOHANNIS*

Eva CASTRO CARIDAD*

El motivo artístico-literario del “Día del Juicio Final” tuvo un largo proceso creativo. Los comentarios al Apocalipsis son una de las fuentes esenciales, por lo que se ha revisado el primer comentario conservado en nuestros días. El trabajo de Victorino supuso la fijación de los elementos básicos del Juicio Final (juez, tribunal, castigo por fuego), pero no acometió la explicación del desarrollo del juicio, posiblemente debido a la dificultad que suponía armonizar doctrina y texto bíblico en esa primera fase de la patrística cristiana.

Palabras clave: Literatura, Juicio Final, Exégesis, Victorino de Petovio.

The artistic-literary motif of the “Day of Judgment” underwent a long creative evolution. The Apocalypse commentaries are essential sources, and for that reason I have reviewed the first commentary known to be conserved in our days. Victorinus fixed the basic elements of the Final Judgment (Judge, Court, Punishment by Fire), but he did not explain the development of the Judgment, due the difficulty involved in harmonizing doctrine and biblical text in that first phase of Christian Patristics.

Keywords: Literature, Final Judgment, Exegesis, Victorinus of Pettau.

* Departamento de Filología Clásica, Francesa e Italiana. Universidad de Santiago de Compostela.

Correspondencia: Universidad de Santiago de Compostela. Departamento de Filología Clásica, Francesa e Italiana. Avenida Castelao, s/n. 15782 Santiago de Compostela. España.

e-mail: eva.castro@usc.es

El presente trabajo se inscribe en una línea de investigación que me ocupa desde hace tiempo: la creación literaria del motivo del “Día del juicio final” en Occidente. El asunto que aquí se aborda es el tratamiento dado en el comentario más antiguo conservado sobre el Apocalipsis de Juan; nos referimos a la exegesis realizada por el obispo de Petovio (en la actual Eslovenia), llamado Victorino, que fue una de las fuentes empleadas por Beato de Liébana en su famoso comentario al citado texto bíblico. El análisis del trabajo de Victorino nos permitirá, por otra parte, revisar las referencias bíblicas, vetero y neotestamentarias a dicho juicio y comprobar la evolución escriturística sobre la idea del juicio divino, tomando como base el excelente análisis hecho por Piñero [2010]. El análisis de esas menciones en el texto sagrado y en el comentario confirmarán que el motivo artístico–literario del “Día del juicio final”, tal y como hoy lo conocemos a través de poemas tardíos como el de Arias Montano (1527–98), *Consilii stabilita* o de representaciones iconográficas de época renacentista [García Iglesias 1981], ha sido una elaboración tardía, resultado de aportaciones individuales, muchas de ellas anónimas, de diversas procedencias y a lo largo del tiempo, las cuales, aun teniendo como base los textos bíblicos, en realidad se han configurado gracias a las narraciones apócrifas [Raimond 2001]. El texto de Victorino es un primer eslabón para la creación del motivo artístico–literario.

1. Victorino y su comentario al Apocalipsis

Victorino (m. 304) fue el primer exegeta bíblico en latín (aunque dominaba mejor el griego según Jerónimo, *De uiri illustribus* 74), uno de cuyos comentarios fue el del Apocalipsis. Este texto bíblico, que, como es bien sabido, fue el último en ser aceptado en el canon, es el libro de las “Revelaciones”, donde la escatología, es decir, el anuncio del fin de los días del hombre y el universo, tiene una especial relevancia. Es ahí, en el final de los tiempos, donde se inscribe el “Día del juicio final”.

El texto que vamos a seguir es el original del obispo de Petovio, a pesar de su milenarismo y de que no es un comentario a todos los versículos del Apocalipsis, sino solo a los que Victorino concedió más importancia. Hay que tener en cuenta, no obstante, que el comentario

que se manejó durante siglos por autores posteriores fue la recensión hecha por Jerónimo [Pascual 2008: 22–2], en la cual el erudito padre de la Iglesia modificó el comentario original o bien eliminando interpretaciones literales y contenidos milenaristas, o bien corrigiendo el texto e incluso añadiendo comentarios propios.

Victorino no pone en duda el fin del mundo (*Vict.* VI 1: *Resignatio sigillorum... praenuntiatio [est] in nouissimo tempore futurorum*) y expone cómo ha de suceder. De acuerdo con Pascual [2008: 17–21], la escatología victorina describe varias fases. La intermedia es aquella en que las almas de los justos descansan en un lugar distinto al de los impíos (Lc. 16, 26), donde esperan la llegada del fin de los tiempos, momento en que los santos recibirán su premio y los impíos su condena (*Vict.* VI 4: *Sed quoniam in nouissimo tempore et sanctorum remuneratio perpetua et impiorum uentura est damnatio, dictum est expectare*). La fase final se producirá con la Parusía o la llegada gloriosa de Cristo al final de los días, a la que, según el Nuevo Testamento, precederán tres señales: la aparición del Anticristo (*Vict.* VII 1; XI 3 y 5; XII 3, 5 y 6; XIII; XVII 2–4), la predicación del evangelio a todos los pueblos (*Vict.* VI 1) y la conversión del pueblo de Israel (*Vict.* VII 1; XII 4).

Según la exposición victorina, con la Parusía tendrá lugar la primera resurrección, que afectará solo a los justos, y que simboliza la estrella matutina del Apocalipsis (2, 28), como señala el exegeta (*Vict.* II 4): ‘et stellam matutinam dabo illi’; *primam resurrectionem scilicet promissit. Stella enim matutina noctem fugat et lucem adnuntiat, id est diei initium*. Tras reinar los justos mil años con Cristo (*Vict.* XIX 1; XX 2; XXI 2), tendrá lugar la segunda resurrección (*Vict.* XX 2: *haec autem sunt duae resurrectiones*) que afectará a *impios et peccatores et uarii generis commissores* (*Vict.* XX 2), sobre quienes recaerá la muerte segunda (Ap. 20, 6), que, según Victorino, *castigatio est in infernum* (*Vict.* XX 2). El toque de trompeta anunciará ambas resurrecciones: la primera, la de los justos, se pone en relación con diversas epístolas paulinas como Col. 3, 1 o 1 Ts. 4, 15–17 (*quia ipse Dominus suscitaturus in tuba Dei descendet de caelo*). La segunda, la de los impíos, se conecta también con la exposición paulina de 1 Cor. 15, 52 (*In nouissima tuba mortui surgent*). Aunque es en este último pasaje neotestamentario donde se

habla de la “trompeta final”, Victorino explica que ese toque final se refiere a ambos momentos: *Vbi esse ergo audiimus nouissimam tubam, intellegere debemus et primam; haec autem sunt duae resurrectiones* (Vict. XX 2). Según el exegeta latino, la aparición apocalíptica de la Jerusalén celeste (Ap. 21, 2) tendrá lugar en la primera resurrección: *In regno ergo et in prima resurrectione exhibetur ciuitas santa, quam dicit descensuram de caelo quadratam* Vict. XXI 1).

Por lo que se refiere al Juicio que tendrá lugar la final de los días, Pascual [2008: 19] señala que Victorino lo vincula a la segunda resurrección y su testimonio fue rastreado por el obispo de Petovio a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Es así que al comentar Ap. 4, 4, Victorino afirma (Vict. IV 3): *Libri sunt prophetarum et legis referentes testimonia iudicii*.

2. Referencias victorinas al Juicio Final

La primera referencia a la existencia de un juicio futuro se encuentra en el primer párrafo del primer capítulo del comentario patrístico, en el que se explica la expresión apocalíptica de que Dios es el que ha de venir (Ap. 1, 4: *Gratia a uobis et pax a Deo qui... uenturus est*). Según Victorino esa futura venida será para juzgar (Vict. I, 1: *‘Venturus est: utique ad iudicandum*). Esta exegesis remite a los textos, sobre todo, veterotestamentarios, que presentan a Yahvé como juez; de hecho, la primera referencia bíblica a un juicio divino se pone en boca del propio Yahvé que se presenta como futuro juez en Gn. 15, 14: *Gentem, cui seruituri sunt, ego iudicabo*. Ahora bien, el final de este primer párrafo se cierra con la explicación victorina relativa al texto apocalíptico sobre Jesucristo (Ap. 1, 5). Según el exegeta, será el propio Jesús el que venga a juzgar (Vict I 1: *Qui primo in suscepto homine uenit occultus, post paululum in maiestate et gloria ueniet ad iudicandum manifestus*). En definitiva, Victorino liga la venida futura de Cristo con el juicio que habrá de existir.

La segunda referencia al juicio tiene lugar al explicar el simbolismo apocalíptico de la espada de doble filo que sale de boca del semejante a un hijo del hombre (Ap. 1, 6: *‘Per gladium bis acutum de ore ipsius emicantem’*). Son varios los aspectos bíblicos que inciden en el juicio

futuro, según la explicación de Victorino. El «semejante a un hijo del hombre» es, siguiendo el texto veterotestamentario de Daniel 7, 9, el propio Jesucristo y la señal de que habrá de venir a juzgar a toda la humanidad es esa espada de doble filo, que significa el juicio que evoca a los dos Testamentos (*Vict. I 4: Sed quia ex eodem uerbo omne genus humanum tam ueteris quam noui Testamenti iudicaturus est, ideo gladius [bis acutus] nominatus est*). Según Victorino, Jesús ya había anunciado a sus discípulos el juicio (ibídem: *quia iudicium adnuntiabat*), cuando en Mt. 10, 34 les dice «No he venido a traer la paz, sino la espada». Es más, Victorino finaliza el párrafo insistiendo en que Jesús era consciente de haber sido constituido juez por el Padre (ibídem: *Denique cum iudex sit ipse a Patre constitutus, uolens ostendere, quoniam uerbo predicationis iudicabantur homines*). En favor de su argumentación, Victorino añade el texto evangélico de Juan 12, 48 ('Quia ergo uos iudicabo nouissima die? Verbum quod uobis locutus sum, illud iudicabit in nouissima die'), donde se reafirma que será la palabra de la predicación la que juzgue a los hombres en el último día. En definitiva, Victorino alude a la existencia del "Día del juicio final", al que se refiere en la última frase con la que se cierra el primer capítulo (*Vict. I, 8: Omnibus paenitentiam denuntiat, omnibus iudicium adnuntiat*).

El capítulo 2 comenta las cuatro primeras cartas apocalípticas, destinadas a las iglesias de Éfeso, Esmirna, Pérgamo y Tiatira (Ap. 2) y los diversos tipos de santos. En ellas, se menciona por primera vez 'la segunda muerte', en concreto en Ap. 2, 11 ('Qui perseuerauerit, non laedetur a morte secunda'), que Victoriano explica (*Vict. II 2: id est non cas-*



Ilustración de un manuscrito del "Apocalipsis" de mediados del s. X (Real Biblioteca de San Lorenzo del Escorial).

tigabitur in inferno. Más adelante, para aclarar la expresión apocalíptica (Ap. 2, 26; 28) ‘Qui uicerit dabo illi potestatem super nationes... et stellam matutinam dabo illi’, Victorino señala que el texto bíblico se refiere al que se mantenga fiel ante la malicia del enemigo, lo que le permitirá constituirse en juez entre los restantes santos y se le concederá la primera resurrección, como simboliza la estrella de la mañana (*Vict. II 4: id est iudicem illum constituam inter ceteros sanctos... primam resurrectionem scilicet promisit*). En otras palabras, en este capítulo Victorino da a entender que habrá dos resurrecciones; la primera será para los que se hayan mantenido fieles en la fe. No menciona, todavía, una segunda resurrección, aunque sí habló de una segunda —y definitiva— muerte que se castigará con las penas del infierno.

El capítulo 3 continúa aclarando el texto apocalíptico en relación a las distintas categorías de santos. Solo hay una referencia al futuro juicio que parte de Ap. 3, 21: ‘sedere super solium iudicii’. Victorino explica el texto bíblico señalando que sentarse sobre el trono del juicio será la recompensa para los que se esfuercen en poner en práctica las enseñanzas de las Escrituras y pasen penitencia (*Vict. III 3: non mediocrem mercedem eis promisit, id est: sedere super solium iudicii*). Poco a poco Victorino va trazando el juicio final: Jesucristo será el juez y estará acompañado por algunos santos.

El capítulo 4 explica que el texto apocalíptico alude alegóricamente, mediante la imagen de la puerta abierta (Ap. 4, 1), al hecho de que el nuevo Testamento aclara las profecías y anuncios contenidos en el antiguo. Desde este punto de vista se van a analizar, pues, todas las imágenes bíblicas, incluidas las numerosas referencias al juicio divino.

Así, con respecto a ‘solium positum’ (Ap. 4, 2), Victorino explica que ese trono es la sede del juicio regio (*Vict. IV 2: quod est sedes iudicii et regis*). La apariencia del que está sentado sobre ese trono es semejante al jase y la coralina (Ap. 4, 3), lo que se interpreta por Victorino como el agua y el fuego que no solo representan respectivamente los dos Testamentos establecidos por Dios hasta la consumación del mundo, sino también los dos juicios, de los cuales, el primero se cumplió en el diluvio por medio del agua, según Gn. 6, 5–7, 24 y el segundo se

cumplirá mediante el fuego, según 2 P 3, 6–7 (*Vict. IV 2: Quorum [duo Testamentis] iudiciorum duum unum iam consumatum est in cataclismo per aquam, aliud autem per ignem consummabitur*). Por otra parte, los veinticuatro ancianos sentados en sus veinticuatro tronos (Ap. 4, 4) son interpretados por Victorino como la imagen de los patriarcas del antiguo Testamento que son testimonio del juicio de Dios (*Vict. IV 3: libri sunt prophetarum et legis referentes testimonia iudicii*). Sin embargo, más adelante aclara que los veinticuatro ancianos son la manifestación de los dos Testamentos, ya que doce representan los apóstoles de Cristo y los otros doce a los patriarcas del antiguo Testamento (*ibid. IV 5*). Para reforzar su interpretación, toma como referencia neotestamentaria Mt. 19, 27, donde Jesús responde a sus discípulos: *Cum sederit Filius hominis super solium gloriae suae, sedebitis et uos super duodecim tribunalia iudicantes duodecim tribus Israel*, y la veterotestamentaria de Gn. 49, 16, en la que Jacob dijo: *Et ipse iudicabit populum suum inter fratres suos sicut una tribus Israel*.

Esta relación entre ambos Testamentos se mantiene asimismo al comentar la imagen del libro cerrado, escrito por dentro y sellado con siete sellos que sostiene el que está sentado en el trono (Ap. 5, 1), puesto que Victorino la explica como la representación del antiguo Testamento en la mano de Cristo, que ha recibido del Padre el poder de juzgar (*Vict. V 1: uetus Testamentum significatur, quod est datum in manu Domini nostri, qui accepit a Patre iudicium*). La rotura de los siete sellos (Ap. 6, 1–2) es explicada por el exegeta como la apertura de las profecías del antiguo Testamento y el anuncio de las cosas que han de ocurrir en los últimos tiempos, tras la ascensión de Cristo a los cielos, que permitió hacer patentes todas las cosas (*Vict. VI 1: Resignatio sigillorum, ut diximus, apertio est ueteris Testamenti praedictorum et praenuntiatio in nouissimo tempore futurorum... Postquam enim ascendit in caelo Dominus noster, aperuit universa*).

La siguiente referencia victorina al juicio se encuentra en el capítulo X. Así al comentar la bajada desde el cielo del ángel poderoso, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza, su rostro como el sol, sus pies como una columna de fuego, sosteniendo en su mano un libro abierto y poniendo sus pies, uno sobre el mar y otro sobre la

tierra (Ap. 10, 1–2), Victorino explica que se trata de nuestro Señor (*Dominum nostrum significat*), analizando simbólicamente cada uno de los rasgos que presenta. Así el arco iris representa, según Victorino, el juicio que ha hecho o que ha de hacer (*Vict. x 1: ‘super caput’ autem ‘eius irim’ iudicium [significat] quod factum aut facturum est*).

Sin duda, es el comentario a Ap. 20 donde Victorino da más información sobre su concepción del juicio final. Hay que tener presente que en este capítulo apocalíptico se relata el período de mil años tanto del encierro del diablo y Satanás, como del reinado de los píos con Jesús y de su resurrección —que es la primera. En este sentido, Victorino afirma que habrá un juicio universal en el que perecerán los seguidores del Anticristo (*Vict. xx 1 ‘Coccineum’ autem ‘zabulum includi’ et omnes angelos eius refugas in tartarum gehennae in aduentum Domini nemo ignoret et post mille annos dimitti propter gentes, quae seruiuerint Antichristo, ut ipsae solae pereant, quia sic meruerunt; dein fieri catholice iudicium*).

Este juicio universal se vincula, pues, a la segunda resurrección, en la que, además de los píos que ya habían resucitado mil años antes con Cristo y que no pasarán a la segunda muerte (Ap. 20, 6), resucitarán también los impíos, pecadores y toda clase de culpables, hechos inmortales para soportar eternamente el castigo divino (*Vict. xx 2: Mortuus quidem immortales ad poenas sustinendas surgituros dixit... surgent in nouissima tuba post annos mille, id est in nouissima resurrectione, inter impios et peccatores et uarii generis commissores... ‘Beatus et sanctus, qui habet partem in prima anastase: ad hunc mors secunda non habet potestatem’. Mors autem secunda castigatio est infernum*).

Esta segunda resurrección es de carácter universal, puesto que resucitarán tanto justos como impíos. Ahora bien, a los justos no les afectará la segunda muerte, que sí se cernirá, como castigo eterno en el infierno, sobre los pecadores. En otras palabras, Victorino acepta que los justos resucitarán —habría que añadir: de nuevo— transformados y cubiertos de gloria (*Vict. xx 2: nos autem mutari et gloria contegi manifestum est*), de acuerdo con Pablo en 1 Cor. 15, 52, al que el obispo de Petovio cita en este contexto, en tanto que los impíos sufrirán en

el infierno eternamente. En este sentido, Victorino sigue la doctrina evangélica de Juan (Jn. 5, 28–29), que establece la *resurrección de vida*, que sin duda se puede vincular a la resurrección de los píos cubiertos de gloria, y la *resurrección de juicio*, que Victorino plasma en la *mors secunda* como *castigatio in infernum* para *impii, peccatores et uarii generis commissores*.

Es precisamente el comentario a Ap. 20, donde se desarrolla la teoría milenarista del exegeta de Petovio y su adhesión al quiliasmo, según el cual no solo el período de mil años es una referencia que ha de ser tomada literalmente, sino que se asume que se producirán dos resurrecciones en momentos bien diferenciados. El milenarismo fue una creencia que estuvo en vigor en los primeros siglos del cristianismo [Porter 2001: 62–76] y que comenzó a ser rebatida en el siglo IV, entre otros, por san Agustín en su *Ciuitas Dei* 18, 533, donde afirma que los mil años de los que se habla en el Apocalipsis 20, 1–10 es un período que ha de ser entendido de manera simbólica, nunca literalmente [Rusconi 2003: 209–20]. Debido al marcado carácter milenarista de este pasaje victorino, es esta sección del comentario la que más modificaciones presenta en la recensión de Jerónimo. Según la reinterpretación jeronimiana (*Rec.* 20), los mil años son una manera de hablar y no tienen un sentido literal (*mille autem dicti eo loquendi modo... ‘Mille annorum’ regnum non arbitror esse terrenum*). Por otra parte, acepta la existencia de la primera resurrección que es la de los fieles que no pasarán a la segunda muerte (*prima resurrectio nunc est animarum per fidem, quae non permittit homines transire ad mortem secundam*). Además, Jerónimo comenta el pasaje apocalíptico, omitido por Victorino, en el que se dice que el diablo, tras estar encerrado durante mil años, será soltado por poco tiempo (Ap. 20, 3). Es el periodo en que el Anticristo seducirá a gentes y las arrastrará a la guerra. Tras esta etapa, según el texto bíblico, el diablo y los suyos serán enviados al estanque de fuego y azufre, donde serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos (Ap. 20, 9–10), lo que según Jerónimo, pertenece ya al juicio final, que no entra a describir (*Hoc iam ad iudicium nouissimum pertinet*). Jerónimo interpreta el encierro del diablo durante mil años y su liberación durante un breve espacio de tiempo de manera alegórica. Es

decir, el diablo está encadenado cuando se sigue a Cristo; y el período de mil años es la representación alegórica de quien haya guardado el propósito de la virginidad y cumplido los preceptos del decálogo:

Denarius numerus decalogum significat et centenarius uirginitatis coronam ostendit. Qui enim uirginitatis integrum seruauerit propositum et decalogi fideliter praecepta impleuerit et impuros mores uel impuras cogitationes intra cordis cubiculum uigilauerit, ne dominantur ei, iste uere sacerdos est Christi et millenarium numerum perficiens integre creditur regnare cum Christo et recte apud eum ligatus est diabolus.

El comentario de Victorino al capítulo 20 del Apocalipsis finaliza en el versículo 10, por lo que no entra a comentar los siguientes (Ap. 20, 11–15), que son, como señala Jerónimo, los que en realidad abordan la cuestión del juicio universal, a la que, no obstante, el exegeta alude al decir que el castigo de la muerte segunda es el infierno (*cfr.* Ap. 20, 14).

3. El juicio divino en los textos bíblicos

Uno de los mejores estudios realizados hasta la fecha sobre el Juicio Final tanto en escritos judíos antiguos como en los judeo-cristianos de los primeros tiempos es la obra colectiva coordinada por Piñero y Gómez Segura [2010]. Así, de acuerdo con el profundo análisis del biblista Alonso [2010: 135–80] son tres los libros veterotestamentarios que van desarrollando paulatinamente las características del Juicio Final; se trata de tres libros de carácter profético en los que se incluyen numerosos aspectos apocalípticos, como son el libro de Joel (400 a.C.), el de Daniel (escrito en período helenístico, hacia 165 a.C., aunque la acción se sitúa en período babilónico en torno al 586 a.C.), y el de *Esdras IV* (en torno al 99 d.C., si bien la acción, como en el caso de Daniel, se sitúa en período babilónico), texto apócrifo del Antiguo Testamento que fue incluido en apéndice en la *Vulgata* de Jerónimo [Piñero 2016]. Joel afirma que el juicio será el día temible de Yahvé (Joel 2, 1), que tendrá lugar en el valle de Josafat (Joel 4, 1–2) y que su anuncio vendrá precedido por perturbaciones celestiales (Joel 3, 1–5). Por su parte Daniel (Dn 7, 9–22) desarrolla la imagen de un tribunal y un juez (el Anciano), y la de un personaje celestial, un mesías, un hombre que actúa de mediador entre el Anciano y la vida terrenal. Es *Esdras IV* (5, 1–6; 7, 36–44), una de las principales obras de la deno-

minada corriente apocalíptica, surgida tras la derrota de la Primera Guerra Judía contra Roma (66–70 d.C.) [Alonso 2010: 176–9], la que describe el día del Juicio Final con muchas características que recogerá posteriormente el cristianismo primitivo, es decir: signos aterradores de perturbación en cielo, mar y tierra, que anuncian el día del juicio final; aparición del *mesías* acompañado por los dos únicos personajes del Antiguo Testamento que no conocieron la muerte como fueron Enoc y Elías; muerte de todos los seres humanos que estuvieran vivos en ese momento, incluido el mesías y sus acompañantes; resurrección de todos los muertos de todos los tiempos y finalmente el Juicio Final que llevará a cabo el *Altísimo* que dará lugar a la salvación o condenación, según las acciones realizadas en vida por cada uno de los juzgados.

Dejando de lado los aspectos accesorios que rodean al juicio, el Antiguo Testamento presenta a Yahvé como el juez de todas las naciones, no porque los hombres lo reconozcan como tal, sino porque Él mismo se presenta así (Gn. 15, 14). Su juicio será inapelable (Levit. 18, 4; 20, 22; 25, 18; Deut. 1, 17; 4, 14; 5, 1; 7, 11; Prov. 16, 11; Eccli. 41, 5; 48, 10) y único (Num. 15, 15; 27, 4; Psal. 75, 9–10; Isai. 30, 18; 58, 2; 61, 8). Asimismo, la imagen de *gladius iudicii*, que recoge Victorino, se basa en 2 Par. 20, 9, donde está el Rey sentado en el trono del juicio (Prov. 20, 8). Será Dios quien conducirá al juicio (Eccli. 11, 9; 12, 14) y su juicio será un juicio justo para los que le temen (Eccli. 32, 20; 35, 22; 35, 25). El Señor acudirá al juicio acompañado de ancianos (Is. 3, 14).

En relación al Nuevo Testamento y el Juicio Final, el estudio de Piñero [2010: 181–296] es realmente una monografía exhaustiva sobre el asunto. Como es lógico, el rasgo propio es la identificación de Jesús de Nazaret con el Mesías. Es precisamente el pasaje neotestamentario de Hechos (Hch. 10, 42) el que fija la creencia cristiana de que Jesús, muerto y resucitado, vendrá por segunda vez al mundo como juez de vivos y muertos, instituido por Dios. Sin embargo, como señala Piñero [2010: 253], de las propias palabras de Jesús, recogidas por los cuatro evangelios canónicos, no puede concluirse que se refiriera a sí mismo al hablar de un juez universal, futuro y escatológico. Los escritos neotestamentarios aluden a la existencia de un gran juicio final, según se desprende de los testimonios recogidos de Juan Bautista (Mt. 3, 7–10),

de Jesús (Mt. 25, 31–46; Mc. 13, 26–27; Lc. 21; Jn. 5, 22–27; 9, 39) de las referencias del libro de los Hechos (Hch. 2, 32; 2, 36; 5, 1–11; 10, 42), de las numerosas alusiones contenidas en las epístolas paulinas (Rom. 2, 2; 2, 5; 2, 16; 5, 16; 11, 33; 1 Cor. 5, 13; 6, 4–7; 11, 29; 11, 34; Galat. 5, 10; 2 Thes. 1, 3; 1 Tim. 3, 6; 5, 24; Tit. 3, 11) y del Apocalipsis (20, 11–15). No obstante, los escritos neotestamentarios son poco claros a la hora de establecer quién habrá de ser el juez escatológico; de hecho el libro del Apocalipsis dibuja un escenario presidido por el Anciano (Dios) y acompañado por el Cordero (Jesús). Poco a poco en el pensamiento cristiano se va configurando la idea de que el juez, instituido por Dios, será Jesús, solo o acompañado (Mt. 5, 17–19; Mc. 13, 26–27; Jn. 5, 22–27; 2 Cor. 5, 10; 1 Tim. 4, 1; 2 Tim. 3, 1; 1 Pe. 4, 7; 17 y Hch. 10, 40–42). El anuncio de ese gran juicio final vendrá precedido, según los textos cristianos, de grandes cataclismos (Mt. 19, 35; 24, 27; 25, 31; Mc. 13, 8; 17–18; 24–27; Lc. 21, 25–27 y Rom. 2, 5, donde se emplea la expresión *Dies irae* para referirse al día del Juicio Final), siguiendo así la tradición judía no solo bíblica (Daniel y Esdras IV), sino también apócrifa (Oráculos sibilinos).

Ante la disparidad de referencias que se encuentran en los textos bíblicos, la labor de los exegetas fue fundamental para ir fijando paulatinamente las bases esenciales del pensamiento cristiano. Su labor no solo consistió en dar coherencia a la doctrina basada en los textos neotestamentarios, mediante la explicación de los mismos, sino también en armonizarla con los escritos veterotestamentarios, entendidos como anuncios que se materializaron con la venida de Jesús de Nazaret, el *Mesías* prometido en el Antiguo testamento. Esto es lo que hizo Victorino en su explicación del libro del Apocalipsis.

4. Conclusiones

El comentario exegético de Victorino pone de manifiesto, pues, los primeros pasos del cristianismo primitivo respecto al Juicio Final. Nuestro autor no pone en duda, en momento alguno de su exposición, que al final de los tiempos se producirá una futura venida divina para juzgar a toda la humanidad, pasada y presente, en un acto universal y único, y que Jesús será el juez, instituido por Dios, de ese tribunal (*Vict.* I 1; I 4; I 8; V 1). El Juez supremo estará acompañado por santos

y por veinticuatro ancianos (*Vict.* III 3) que, según Victorino, son doce patriarcas del Antiguo testamento y los doce apóstoles de Cristo (*Vict.* IV 3; IV 5). El juicio que ha de haber en el futuro será un juicio de fuego (es decir, el castigo que le espera a los condenados), dado que el primer juicio llevado a cabo por Yahvé fue por medio del agua en el gran Diluvio Universal (*Vict.* IV 2; X 1). Según Victorino, el juicio universal se producirá tras la segunda resurrección (la primera, solo para los justos (*Vict.* XX 1), que habrá tenido lugar mil años antes de la segunda y definitiva (*Vict.* XX 2). Previamente a esta segunda, habrá de perecer toda la humanidad, que resucitará, no obstante, para ser juzgada definitivamente según su fe en Jesús y sus obras a lo largo de su vida terrenal. En este momento se determinará el premio de la vida eterna para los justos o el castigo eterno en medio de un fuego imprecadero para los impíos.

Victorino finaliza aquí su comentario y no llega a comentar el texto del Apocalipsis (20, 11–15), donde se aborda más detalladamente el proceso del Juicio Final, que es el que posteriormente se desarrollará como motivo literario e iconográfico. Es posible que el exegeta omitiese la explicación de estos versículos, porque el escenario dibujado por el texto apocalíptico no encaja con la doctrina elaborada por nuestro comentarista a lo largo de su obra. Según el texto bíblico, el juicio estará presidido por el Anciano (Dios Padre), acompañado por el Cordero (Jesús), lo que no se compadece aparentemente con la idea fijada por Victorino de que Jesús, instituido como juez por Dios, actuará acompañado de santos y de veinticuatro ancianos. Es esa aparente contradicción entre doctrina y texto bíblico la que llevó a decir a san Jerónimo en su recensión al texto victorino que no comentaría la descripción del Juicio Final, porque el asunto *Hoc iam ad iudicium nouissimum pertinet*. Victorino fija los primeros elementos del escenario del Juicio Final de la tradición occidental: Jesús, juez universal, acompañado de santos y ancianos. Los demás elementos, como son los intercesores (María y san Juan), los ángeles con trompetas e instrumentos de la Pasión, la resurrección universal, la lucha de ángeles y demonios, el peso de las almas, el Infierno y la Gloria son elementos posteriores a los primeros comentarios exegéticos.

Bibliografía

ALONSO, J. (2010), “El Juicio Final en el judaísmo antiguo”, en PIÑERO, A. – GÓMEZ SEGURA, E., edd., *El juicio final: en el cristianismo primitivo y las religiones de su entorno*, EDAF, Madrid, pp. 135–180.

ARIAS MONTANO, B. (1984), *Humanis salutis monumenta*, FELIU DE SAN PEDRO, B. ed), Editorial Swan, El Escorial, pp. 177–178.

GARCIA IGLESIAS, J.M. (1981), “El Juicio Final en la pintura galle-ga gótica y renacentista”, *Compostellanum* 26, 1–4, pp. 135–172.

PASCUAL TORRÓ, J. (2008), *Victorino de Petovio. Comentarios al Apocalipsis y otros escritos*, Ciudad Nueva, Madrid.

PIÑERO, A. (2010), “El Juicio Final en el cristianismo primitivo. Lo que ocurrirá en los «últimos días»”, en PIÑERO, A. – GÓMEZ SEGURA, E., edd., *El juicio final: en el cristianismo primitivo y las religiones de su entorno*, EDAF, Madrid, pp. 181–296, esp. pp. 265–282.

PIÑERO, A. (2016), *Apócrifos del Antiguo y Nuevo Testamento. Introducción, selección y notas de*, Alianza Editorial, Madrid.

PORTER, S.E. (2001), “Millenarian Thought in the First–Century Church”, en HUNT, S. ed., *Christian Millenarianism. From the Early Church to Waco*, C. Hurst & Co. Publishers, London, pp. 62–76.

RAIMOND, J. (2001), “El Apocalipsis y el Juicio Final (Intertextualidad, texto cultural y estructuración del sujeto cultural en *De los signos que aparecerán antes del juicio final* de Berceo y las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X)”, en ALONSO GARCIA & alii edd., *Literatura y Cristiandad. Homenaje al profesor Jesús Montoya Martínez*, Universidad de Granada, Granada, pp. 319–331.

RUCQUOI, A. (2000), “Medida y fin de los tiempos: mesianismo y milenarismo en la Edad Media”, en VACA LORENZO, A. coord., *En pos del tercer milenio. Apocalíptica, mesianismo, milenarismo e historia*, Universidad de Salamanca, pp. 13–42.

RUSCONI, R., (2003), “La historia del fin: cristianismo y milenarismo”, *Teología y vida* 44, pp. 209–220.